

LA EDUCANDA.

PERIODICO DE SEÑORITAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Sobre la obediencia, por don A. Pirala.—Cartas familiares, por doña Angela Grassi.—Poesía, por doña Vicenta Villaluenga.—Viajes, por Sara.—Santiago [continuacion], por don E. Hernandez.—El doctor Pedro Recio (Cuento), por doña Micaela de Silva.—GRABADO: Miguel Angel velando á Urbino.

EDUCACION MORAL.

SOBRE LA OBEDIENCIA.



A pesar de que nos estendimos en el anterior artículo, no pudimos manifestar todo lo que debíamos sobre tan importante asunto, que terminaremos en el presente.

Si los padres son la guía y la égida de los hijos, si se les suele acusar del mal comportamiento de éstos con las terribles palabras de, qué mal educada está esa niña, ó esa jóven, natural es, puesto que Dios y la sociedad confían á los padres la educacion de sus hijos, que la impongan decididamente, y habiendo de responder de su proceder y de sus acciones, hagan, por voluntad ó por fuerza, que se ejecute lo que manden, que se les obedezca completamente. Si los hijos ponen lo que está de su parte, esto es, la obediencia, todo irá bien y con gran contento y provecho para todos, porque se ahorran las contrariedades.

De aquí la grande importancia de la obediencia; y convencida la niñez y la juventud de la superioridad de los padres, y convencida tambien de que dependen de ellos, deben comprender igualmente la dependencia íntima que media entre la existencia de unos y otros, esa solidaridad mútua, esa comunidad de reputacion, de fortuna, así de todos los bienes como de todos los males, enlazado todo de una manera que no pueden conocer por el pronto su fuerza, pero que hace concebir á los hijos lo que es el amor paternal, este sentimiento ante el que los intereses de la personalidad desaparecen.

2.^a ÉPOCA.

Las obligaciones muy evidentemente impuestas por la ley divina, no son las que los padres imponen en su propio nombre. Cuando la religion y la conciencia hablan tan altamente, basta ser atentos á su voz sagrada: observarla los hijos, hacerla observar los padres.

Los objetos precisos de las órdenes y de las prohibiciones paternas, son las innumerables obligaciones que impone la sociedad y que la educacion debe imponer por consiguiente. La necesidad de llenar estas obligaciones no es evidente á los hijos, y de aquí la necesidad de interponerse los padres, cuyos sagrados derechos y responsabilidad es incontestable. Por esto se reconoce la legitimidad de la dependencia que tienen los hijos, y si se dudase alguna vez, seria esto seguramente la mayor falta de la educacion, que acarrearía funestas desgracias, pero esta falta la consideramos como una aberracion en las niñas, y por consiguiente ni hablaremos mas de ella, porque incurrir en tal aberracion seria lo mismo que querer su propio infortunio.

La docilidad, la obediencia, es tan saludable por sus motivos como por sus efectos ostensibles. No es temor servil, ni esa aquiescencia pasiva que podría provenir de debilidad, sino una obediencia activa, inspirada por el amor, por la confianza, por el respeto y por ese sentimiento del deber que santifica el alma entera. Vé así la niñez ahorrados los grandes rigores de la educacion, y los padres no se ven frecuentemente obligados á hacer prevalecer su autoridad. ¿Quién no sabe que los derechos mas sagrados pierden si han de ser impuestos al que debe ejecutarlos? Y por el contrario, cuanto ganan, y cuanto dice en favor del que los ejecuta, si parece intuitiva en él su observancia y ejecucion? Qué idea tan magnífica se adquiere de la niña que así obra!

Y esto por fortuna lo solemos ver frecuentemente

en la sociedad, y no podemos menos de rendir un tributo de admiracion al contemplar á esas niñas que sin violentarse lo mas mínimo, hablan y obran con estricta sujecion á sus deberes, como si obedecieran á un impulso extraño, irresistible, y no obedecen sin embargo mas que á su deber, á su conciencia, y responden á la educacion que han recibido perfectamente, porque perfectamente se la han dado.

Debemos hacer una aclaracion importante. El espíritu de obediencia, es bueno, moral, todo lo que se quiera, pero no es mas que un espíritu de obediencia; y esto que es y debe ser una imprescindible costumbre en la niñez, tiene otras condiciones en la juventud, época en que se aplica ese sentimiento innato de justicia que hay en las criaturas, en que se analiza, se examina, y de consiguiente se explica uno á sí mismo el por qué de las cosas. Entonces se comprende la importancia de la obediencia, y desgraciada de la criatura que tenga que lamentar las faltas y las tristes consecuencias que la ocasionen el no haber adquirido el hábito de obedecer.

Enseñada la obediencia por los que solo aspiran á nuestra felicidad, porque nuestro bien es el suyo, no tiene disculpa en faltar en lo mas mínimo á ese deber. Obedeciendo á los padres se les honra, se cumple así un mandato religioso, y con la sociedad, y si entonces no, muy en breve conocerán las jóvenes cuánto importa á su felicidad admitir las lecciones de quienes no tienen otro interés que el suyo.

Tambien es el nuestro, por el afecto que nos liga con nuestras lectoras, por la satisfaccion que produce el contribuir al bien, y porque así se le dispensa á la sociedad, de que formamos parte, viniendo á redundar en nuestro provecho, como individuos de ella, el bien que la hagan los demas.

A. PIRALA.

CARTAS FAMILIARES.

VII.

De Enriqueta á Julia.

—Con que para formar nuestra casa, tú Adriana por ahora escojes los ladrillos, Elisa la madera, la argamasa María, Luis el hierro, y yo me reservo el vidrio.

Pero antes quiero deciros dos palabras acerca de la Arquitectura, de ese arte sublime que tantos prodigios obra.

¿Ha debido su origen á la necesidad, ó el hombre no ha hecho mas que imitar á la golondrina, que fabrica ingeniosamente su nido suspendiéndolo de las ramas, y al castor que construye casas, diques y puentes con una maestría admirable?

Tal vez á una cosa y á otra.

Al principio del mundo, el hombre sin duda buscaría un abrigo contra la intemperie en las anchurosas cuevas de los montes. Cuando el aumento de poblacion hizo que escaseasen estas viviendas, se construyeron cavernas artificiales con barro y estacas, groseramente reunidas en la estremidad, en forma de pirámide, y por último, las chozas tuvieron un techo cubierto de ramas y juncos, cuya doble inclinacion impedia que las aguas se filtrasen en ellas, molestando á sus habitantes.

Hasta el año 470 de la fundacion de Roma, no abandonaron los Romanos este modo de construir.

Las primitivas viviendas de los Galos eran chozas de forma cónica, y en tiempos de César estaban construidas con ladrillos cocidos.

Los pueblos del Ática fueron los primeros que aplicaron á monumentos sólidos las combinaciones tomadas del sistema de las fábricas antiguas, y desde entonces la Arquitectura ha seguido progresando, hasta llegar á producir esas maravillas que tanto nos asombran.

A ella debemos no tan solo las alquerías esparcidas en nuestros campos, sino tambien las magníficas casas que forman nuestras ciudades, los edificios públicos, los palacios de los reyes, y esas bellísimas catedrales, cuya cúpula atrevida se pierde entre las nubes, y parece elevar nuestras preces á los cielos.

Ningun arte demuestra mejor que la arquitectura el ingenio del hombre y su constante aspiracion á las cosas altas y sublimes, porque bastándole tan poco espacio para vivir, arranca sus mármoles á los montes, y á las entrañas de la tierra sus metales, para elevar esos vastos y suntuosos monumentos, que deben legar su recuerdo á los futuros siglos!

¡Páginas elocuentes de nuestra historia de ayer, que tanto enseñan al espíritu, que tanto dicen al alma!

Y ahora que os he dado una idea de lo que ha sido y de lo que es la Arquitectura, empezaré mis preguntas.

—Qué es la argamasa, María?

—Una mezcla compuesta de piedra y de cal, de la que se usa para unir entre sí las piedras de los edificios, respondió la niña.

—Y tú Adriana, dime, ¿qué se entiende por ladrillos?

—Pedazos de barro amasados y cocidos en un horno, que se emplean para las construcciones, uniéndolos, como ha dicho María, con cal, yeso ú otra mezcla.

—Supuesto que nombras la cal, sabrás lo que es?
Como Adriana titubease, Luis respondió con énfasis.

—Sustancia que consta de dos principios: de una base metálica llamada *Calcio* y de oxígeno, y es blanca, cáustica y de un sabor acre.

Y diré del hierro, que es lo que yo he tomado por mi cuenta, que es un metal muy duro, gris, pardo y negro, con el cual se labran la mayor parte de los instrumentos que sirven á la industria. En nuestra España hay mucha abundancia de hierro, y las fábricas de la *Constancia*, de *Trubia*, de *Sena* y *Málaga*, han demostrado que pueden competir en el trabajo y la calidad con lo mejor que se fabrica en el extranjero.

—Muy bien, Luis, muy bien; ¿pero y la madera, Elisa?

La pobre niña se puso encendida, y luego balbuceó en voz baja.

—Árboles!

—La parte sólida de los árboles, repuse. No todos pueden servir para la construcción; el fuerte roble es uno de los mas á propósito para éllo.

Ahora me toca á mí hablar del vidrio.

El vidrio es un cuerpo diáfano y muy quebradizo, que se forma artificialmente de la mezcla de arena y barrilla fundidos en un horno. Los antiguos no lo usaban en sus ventanas, reservándole para usos mas preciosos. Los ricos las cubrían con ágata ó alabastro, y los pobres quedaban espuestos á los rigores del cierzo y de la lluvia.

En Italia fué donde primero se introdujo la costumbre de poner vidrios á las ventanas, y desde allí se transmitió á Francia, y luego á todos los países civilizados.

Pero ya veo que por esta noche me ha sido imposible haceros pagar prenda, y en premio os trazaré una pequeña biografía del mas admirable génio de los siglos, del que ciñó á sus sienes la triple corona de pintor, escultor y arquitecto, é ideó la magnífica cúpula del templo de San Pedro de Roma.

De otros arquitectos insignes hubiera podido hablaros, pero ninguno como él estuvo animado por el fuego de la inspiración divina.

En 1474, en Chiusi, una de las mas poéticas poblaciones de la Toscana, en Italia, nació Buonarroti, llamado comunmente Miguel Angel. Desde niño, su alma no concebía nada que no fuese noble y grande, y su lectura favorita era el *Infierno del Dante*, en cuyos cuadros sombríos bebió la inspiración de sus cuadros, siempre terribles y sublimes.

Tan eminente en pintura como en escultura, imaginó una ingeniosa estratagema para probar sus propias fuerzas.

Hizo una primorosa estatua del amor y la rompió

un brazo, mandándola luego enterrar con gran sigilo.

Al cabo de algunos meses esta estatua encontrada por él, como casualmente delante de testigos, fué presentada á los artistas mas célebres de la época, quienes la conceptuaron una de las joyas de los antiguos tiempos, y dirigieron algunos sarcasmos á Miguel Angel, significándole la imposibilidad de que él nunca hiciese una cosa parecida.

Entonces el artista, triunfante, sacó el brazo que tenía escondido, y la envidia y la calumnia tuvieron que enmudecer ante aquella irrecusable prueba de su génio.

Miguel Angel era tambien poeta, pero aunque no diese jamás ni un solo instante al ócio, no por eso guiaba su afán la sórdida avaricia. La mayor parte de sus obras no le valieron ninguna recompensa, y él era el amparo de todos los artistas que gemían en la miseria.

En 1554 perdió á Urbino, su fiel criado, que le habia servido veinte y seis años. Miguel Angel, que le queria como á un amigo y le miraba como el apoyo de su vejez, le cuidó con el mayor esmero, velando á su lado todas las noches durante su larga enfermedad. El grabado que tenemos á la vista le representa absorto en una contemplación profunda, con la mirada fija en el moribundo, como queriendo sorprender el misterio de la muerte. En el cuerpo musculoso del artista se refleja su alma fuerte y severa.

Otro rasgo os pintará su carácter noble y generoso.

Tenia ya cerca de noventa años, cuando despues de haber reformado el diseño de San Pedro, trazado por Bramante, se ocupaba en elevar la inmensa cúpula, cuya altura prodigiosa es de 68 toesas. Poco faltaba ya para que estuviese concluida y quedase realizado el sueño de gloria del artista.

Una noche... Era en invierno, y el cierzo dejaba oír sus lúgubres gemidos.

El anciano atravesaba el puente de San Angelo, y contemplaba las fugitivas ondas del Tíber que desaparecían á lo lejos.

—Dios mio, decía, haz que no huyan mis instantes como esas rápidas ondas, y permite que vea concluida mi obra antes de reclinar me sobre el mármol de la tumba!

Una voz plañidera le hizo estremecer de improviso. Era la voz de una mujer que pedía una limosna.

Llevaba de la mano un niño, y ambos tiritaban de frío.

El artista buscó sobre sí una moneda y no la halló!

—Seguídme, dijo entonces á los mendigos, partiré mi cena con vosotros.

Pero la infeliz andaba con tardo y vacilante paso.
—Es ciega! mi pobre madre es ciega! dijo el niño.
El artista la tendió la mano y la condujo hasta su casa.

—Eres viuda? la preguntó despues de cenar.

—Viuda, ciega y sola en esta mundo!... Vivo mendigando, y mi hijo será siempre un mendigo!...

—La limosna de un dia, murmuró Miguel Angel,

Sonaron unas tras otras las horas de aquella noche, apareció la aurora, lució el sol, brilló la luna y volvió á renacer la aurora...

Entonces el artista, pálido y cubierta de sudor la altiva frente, se acercó lleno de fé á la mendiga.

—Toma, le dijo, lleva este cuadro al palacio Pontificio, y dí que lo quieres vender al Padre Santo. Tu fortuna está ya hecha.



Miguel Angel velando á Urbino.

como si hablase consigo mismo, casi no es limosna. Necesita una pension con qué vivir y con qué educar á su hijo!... Yo no tengo dinero para ello!...

Si fuese jóven, repuso suspirando, te daría otra cosa que valiese tanto como el oro, pero soy viejo, y quiero reservarme para la grande obra.

Apoyó sus codos en la mesa, y estuvo algunos instantes pensativo.

—Primero Dios que el mundo exclamó; luego con entusiasmo, primero la caridad cristiana que la gloria!

Y colocando un lienzo sobre el caballete, cogió ávidamente sus pinceles...

En efecto, el cuadro era una obra maestra, y fué comprado á un precio fabuloso.

Mas ¡ay! al cabo de quince dias, cuando todas las campanas de Roma tocaban á fiesta; cuando el pueblo acudia en tropel á contemplar el templo de San Pedro, concluido despues de un siglo de trabajo; el hermoso templo resplandecía iluminado por millares de luces, pero el corazon de Miguel Angel no palpitó de gozo, porque estaba yerto!

No habia podido resistir á las fatigas de su caritativo empeño: la viuda y el huérfano tenían pan, pero el artista reposaba en la callada tumba!

Pero él había dicho: *antes la caridad cristiana que la gloria*, ¿creéis hijos míos, que no será mas bella, mas espléndida, su diadema de elegido, que lo fué la triple corona de artista con que ciñó sus sienes en la tierra?

ANGELA GRASSI.

Á LA SEÑORA

Doña Paula Ors, viuda de Larrea.

Dá treguas al dolor, mi dulce amiga,
No así te rindas á mortal quebranto,
Y por si acaso tu pesar mitiga
Deja correr el abundoso llanto.

Llora, madre infelice, y en el cielo
Con amorosa fé los ojos fija,
De allí solo esperar puedes consuelo,
Para siempre feliz viendo á tu hija.

Hermosa niña! En la primer mañana
De su vida, en sus fúlgidos albores,
Estabas tú de su belleza ufana,
Y era toda tu dicha y tus amores.

Para tí era la estrella mas brillante,
La flor mas pura de preciado aroma;
Y enagenada en tu delirio amante
Tu reina la llamabas, tu paloma!

Sus encantos hacían tus delicias,
Su sonrisa infantil te cautivaba,
Y al sentir en tu rostro sus caricias
Inefable placer te dominaba.

Mas ¡ay! perdona si te causo daño
Al recordar tu maternal ternura,
Hoy que de tu dolor se cumple un año
Y su memoria aumenta tu amargura.

El ángel que perdiste y que así lloras
Le buscas por la noche en las estrellas,
En su luz te enajenas y le adoras
Creyendo distinguir sus leves huellas.

Es la luna tambien tu mensajera,
Y envías tus suspiros á las nubes,
Y ves á tu Mercedes hechicera
Entre el coro feliz de los querubes.

Así entretienes tu dolor profundo
Con el alma del cielo enamorada,
Y apartando la vista de este mundo
La fijas solo en la inmortal morada.

Allí la dicha está, y allí Mercedes
Feliz te espera al terminar tu vida;
La fé te dice que abrazarla puedes
Cuando Dios ordenáre tu partida.

Vive en tanto mecida en la esperanza
De otro mundo mejor, porque en el suelo
La tormenta supera á la bonanza,
Y envuelve todo en misterioso velo.

VICENTA VILLALUENGA.

VIAJES.

CARTAS Á UNA NIÑA.

XVII.

El Palacio de Justicia presenta, visto por su fachada principal, un aspecto imponente: su interior solo tiene de notable la inmensa sala llamada de *Pasos-perdidos* que reemplazó á la antigua *Sala grande*, que Victor Hugo describe en su popular novela *Nuestra Señora de París*, como un gran paralelogramo ricamente adornado y pintado de azul y oro. Compónese de dos naves colaterales, con arcos de órden dórico: mide 67 métrors de largo sobre 30 de ancho, y comunica con las salas civiles del Tribunal del Sena y la de las audiencias solemnes del Tribunal de Casacion: de aquí que nunca falte en ella un gran número de gentes de la curia, de litigantes y de curiosos, formando un cuadro lleno de animacion y digno de estudio por mas de un concepto.

Desde Eudes hasta Francisco I, el Palacio de Justicia sirvió de residencia á algunos reyes de Francia: reconstruido por San Luis, sufrió importantes reformas en tiempo de Luis Felipe. De las construcciones primitivas solo quedan hoy las torres *del Reloj*, *del Gran César*, de *Montgomery* y la *Santa Capilla*, edificada por aquel rey en 1245, á su regreso de la Tierra Santa para depositar en ella las reliquias, que habia comprado en tres millones á Juan de Brienne y á Balduino, y que consistian en una parte de la corona de espinas, otra de la Cruz, otra del manto y la punta de la lanza con que fué herido Jesus. En la parte baja de la Santa Capilla fué enterrado Boileau.

Elévase el palacio de las Tullerías, al que vamos á trasladarnos ahora, en el mismo sitio que ocupaban antiguamente tres fábricas de tejas, de las que tomó su nombre, porque como sabes, *tulleries* significa *tejares*. Francisco I mandó construirle para regalárselo á su madre Luisa de Saboya, que le habitó poco tiempo, cediéndole en usufructo á Juan Tierceliu y á Ju-

lia Duhot, su mujer. En 1563, Catalina de Médicis compró las casas y terrenos próximos y le ensanchó considerablemente, añadiendo á las construcciones primitivas un pabellon en el centro y dos en las estremidades; el primero se debe á Delorme y los últimos á Bullant. Los jardines son obra de Le Notre; Napoleon hizo en ellos grandes plantaciones y abrió las calles de Rivoli, Mont-Thabor, Castiglione y la Paz que los unen á los boulevares.

El aspecto exterior del palacio de las Tullerías es en conjunto magestuoso, pero en los detalles carece de unidad. En cuanto á su decoracion interior nada ofrece de extraordinario, lo que se explica fácilmente, porque solo ha servido de residencia ordinaria á Napoleon, que hizo restaurar la capilla, en cuyo techo está representada la entrada de Enrique IV en París. Pero si no encierra en sus vastos salones ninguna obra de arte de primer orden, despierta en cambio muchos recuerdos históricos. En 1792, 1830 y 1848 le tomó el pueblo arrojando de él á Luis XVI, Carlos X y Luis Felipe.

A Francisco I se debe tambien la fundacion del Louvre actual: créese que la demolicion del antiguo fué sugerida por la visita que en 1540 le hizo su vencedor el emperador Carlos V. No satisfecho Francisco de su palacio, á pesar de los cambios y modificaciones que se hicieron con el motivo de la imperial visita, mandó llamar á algunos artistas italianos con objeto de que presentáran proyectos de la nueva obra; pero prevalecieron en el certámen los del abad de Cluny, Pedro Lescot, quien, encargándose de la ejecucion, echó los cimientos del *viejo Louvre*. En el reinado de Enrique II se terminaron el ala que mira al Oeste y una parte de la del Mediodía. Enrique IV ideó unir el Louvre á las Tullerías por medio de la galeria de la orilla del Sena. Nada debe el Louvre á María de Médicis, pero apenas empuñó Richelieu las riendas del poder se empeñó en terminarle. En 1812 se puso la última piedra en esta gigantesca obra, á la que sucesivamente contribuyeron Lescot, Lemercier y Perrault, el célebre autor de los *Cuentos de las Hadas*.

La fachada de columnas, de Perrault, es sin disputa lo que primeramente fija en este edificio la atencion de los inteligentes y de los curiosos: compónese de un basamento de superficie lisa con veinte y tres aberturas. De las fachadas interiores la del pabellon del Reloj es de Pedro Lescot. Esto en cuanto al exterior; en el interior merecen citarse la *galeria de Apolo*, desde la cual se supone hizo fuego contra el pueblo Carlos IX en la famosa noche de Saint Barthelemy, la *Gran galeria* y la *Galeria francesa*, de las que te hablaré mas detenidamente el dia que visitemos el Louvre como Museo y no como Palacio. Hoy te supongo fatigada y termino aquí.

SARA.

SANTIAGO.

Continuacion.

A la noche siguiente partimos, no obstante que el dia antes habia nevado y los caminos estaban intran-sitables.

—¿No tienes frio, Margarita? le pregunté varias veces durante el camino.

—No, me contestó siempre: el placer de ver á Santiago me recompensará mañana de lo que esta noche pueda sufrir.

Al ser de dia llegamos á Rouen.

La escena de la entrevista de la madre y el hijo no puede describirse.

Dos veces la llevé á Rouen aquel invierno.

Pero está escrito que las mujeres nunca han de estar contentas; un dia, entrando en Rouen, me dijo Margarita:

—Santiago está en camino de llegar á ser un gran señor, ¿pero se avergonzará el dia que lo sea de haber nacido de padres tan humildes?... Nos desconocerá?

En el momento en que Margarita me comunicaba esta horrible duda, desembocábamos en la gran plaza de la Catedral. Era dia de fiesta, y entre la multitud gozosa que se dirigia á ella para oír misa, distinguimos á Santiago entre sus compañeros de colegio: vernos y estar en los brazos de su madre fué todo uno.

—Lo ves? dije á Margarita.

—Sí, me contestó conmovida, tiene buen corazón.

—¡Dios te bendiga, exclamamos á la vez, siguiéndole con la vista hasta que entró en la Catedral.

—Díme, añadió despues de una breve pausa Margarita, le despreciarán sus compañeros por ser hijo de un pescador?

—Nada tendria de particular, porque así es el mundo... pero si le desprecian, á fé á fé que tiene un puño al extremo de cada brazo, puño de aldeano!

La primavera pasó sin otro incidente notable.

La familia Duhamel se trasladó á Villerville, pero dejando en Rouen á Santiago.

—Yo tambien me sacrifico privándome de Santiago hasta las vacaciones, nos dijo la señorita Eugenia.

—Y cuándo son las vacaciones? la preguntamos.

—A mediados de Agosto, nos contestó.

El 14 de Agosto llegó Santiago, cargado de coronas, que Margarita le enseñará á Vd. si algun dia honra con su presencia nuestra casa.

La señorita Eugenia, cayendo de nuevo gravemente enferma, amargó la alegría que á las dos familias causó su regreso.

—Ah! decia Santiago llorando, bien decia yo que era otra Catalina.... Dios nos la ha devuelto para poco tiempo.... es demasiado hermosa y demasiado buena para permanecer en la tierra.... los ángeles se van presto.

Escribieron sus padres á Rouen y á París, y los mas célebres médicos de estas dos grandes ciudades se trasladaron á Villerville para celebrar una consulta.

Mr. Duhamel, comprendiendo que la ciencia no se atreveria á pronunciar su última palabra en presencia de la enferma ni de la desconsolada madre, citó á mi casa á los médicos.

Prevenidos al efecto, los recibimos cortesmente.

El desventurado padre no se hizo esperar.

—Amigos míos, les dijo, hablénme Vds. como se habla á un hombre, olvidando que soy padre y que se trata de mi hija.

Todos convinieron en que la señorita Eugenia moriría, á no obrar Dios un milagro: la ciencia solo podía prolongar su vida un mes, dos, un año cuando mas, á condicion de abandonar la Normandía é ir á establecerse á Italia ó al mediodía de Francia.

—Vea Vd. de trasladarla, dijo el mas anciano de todos, á cualquiera de estos dos puntos con todos los cuidados que su situacion requiere, pero pronto, muy pronto, hoy mismo, mañana lo mas tarde. Nuestra sentencia no es irrevocable: confie Vd. en Dios y en el sol.

Y se retiraron, dejando á Mr. Duhamel sumido en un profundo abatimiento.

De repente partió de uno de los extremos de la habitacion en que estábamos un suspiro.

—Quién esta ahí? exclamó Mr. Duhamel. Quién conoce mi secreto?

Necesito decir á Vd. quien era? Quién habia de ser sino Santiago?

—Desgraciado! le dijo Mr. Duhamel. Sabes que la mas leve indiscrecion la mataria? No puedes volver á verla... no volverás á verla....

—No tema Vd. nada de mí, le contestó Santiago con tal energia que cualquiera otro que un padre desesperado le hubiera creído.

—Si ella no lo exige absolutamente partiremos sin tí, le replicó con cierta acritud Mr. Duhamel.

Pero la señorita Eugenia lo exigió absolutamente.

El dia que Mr. Duhamel nos participó que su hija se negaba á partir si Santiago no partia tambien, díjole Margarita:

—Llévensele Vds., y cómo ha de ser!

—La ausencia será larga.

—Un año, dos, tres... si vuelve con la señorita Eugenia el tiempo que tarde en volver es lo de menos.

Aquel mismo dia partió de Villerville la familia Duhamel para Honfleur, donde se embarcó en un paquebot que se hacia á la vela.

VII.

De lo que sigue no he sido testigo, pero se lo he oido contar tantas veces á mi hijo que lo sé de memoria.

El paquebot en que se embarcó la familia Duhamel remontó el Sena y ganó directamente el Saona, donde se trasladó á otro que la esperaba y que la condujo á las inmediaciones de Marsella. De Marsella se dirigió á Hyeres, que segun cuentan es un punto delicioso, un verdadero paraíso.

Mr. Duhamel alquiló una magnífica casa de campo, desde cuya azotea se divisaba la mar, no una mar agitada y verdosa como la nuestra, sino una mar apacible y azul como el cielo.

Siendo tan grave su estado paréceme inútil añadir que la señorita Eugenia llegó al término de su viaje moribunda, no obstante las esquisitas precauciones tomadas para que le fuera menos sensible. Los primeros dias pasólos como en un letargo, sin conocimiento, inmóvil, muerta; pero de improviso despertó de su sueño, se incorporó en el lecho, abrió los ojos y miró á su alrededor, y vió el sol, el mar, y exclamó sonriéndose.

—Qué cielo tan puro, qué mar tan apacible, qué sol tan esplendente!... Y esos campos y esas flores y este ambiente perfumado.... Ah! vivo todavía.... Me he salvado!

Su padre, su madre, Santiago, su aya, sus amigos y sus criados estaban allí tambien.

Hasta trascurridos algunos dias no pudo, sin embargo, abandonar el lecho.

El milagro de Villerville se renovó, pero mas lentamente: solo Mr. Duhamel y Santiago dudaban de que el peligro hubiese desaparecido, recordando el pronóstico de los médicos. Su vida se prolongará, habian dicho, como la de una flor puesta al abrigo del viento... algunas semanas, algunos meses tal vez, pero nada mas: las leyes de la naturaleza son inexhorables.

No obstante Santiago nos escribia:

«Mi hermana Eugenia se restablece por momentos. ¿No es posible que los médicos se hayan equivocado? Por otra parte, ¿no dijeron que confiáramos en Dios y en el sol? El sol de Hyeres en otoño es mas brillante que el de Normandía en el estío: en cuanto á Dios, le he pedido tantas veces la vida de esta desdichada criatura, que no me atrevo á dudar que me la niegue. ¡Oh! vivirá!!!

Pasó el invierno y llegó la primavera, que era la época temible.

Apoderóse de la convalesciente una singular pesadez, una estraña laxitud; desapareció el brillo de sus ojos, y al color sonrosado de sus mejillas sustituyó una horrible palidez, la palidez de la muerte que

se acercaba á pasos agigantados, siendo ella la única que no la veía venir. Desgraciadamente en Hyeres abundan los tísicos, y en la primavera se abren muchas tumbas en el cementerio. La señorita Eugenia advirtió la ausencia de algunas jóvenes que generalmente veía en las casas que su familia frecuentaba, en los paseos y en las iglesias. Preguntó por ellas, y la contestaron: «han regresado á su país.» Lo creyó ó fingió creerlo. Pero no volvió á verse una sonrisa de esperanza en sus labios.

En una casa inmediata vivía una joven inglesa, de su edad próximamente, y á quien profesaba un sincero cariño. Transcurrió una semana sin que oyese hablar de ella, y manifestó á su padre deseos de ir á hacerla una visita.

—Cuando estés completamente restablecida iremos á verla, le contestó Mr. Duhamel.

—¿Estará enferma como yo? se dijo la señorita Eugenia.

Para desvanecer este presentimiento dirigióse á la mañana siguiente á su casa á pié y sola, burlando la vigilancia de su madre y de su aya.

Su amiga no estaba enferma: había muerto.

Las puertas estaban abiertas de par en par, y el jardín desierto; llamó y no la contestaron; entró, y en una habitación de la planta baja halló un cadáver rodeado de cirios: ¡el cadáver de la joven inglesa!

Dió un grito, vaciló y cayó, como si la hubiese herido un rayo.

Un momento después la trasportaban á su casa, sin conocimiento, inmóvil, casi muerta.

Volvió en sí, no obstante, pero aquella noche apoderóse de ella un violento delirio.

—No quiero que me entierren!... gritaba forcejeando como si luchase con alguien. No quiero que me entierren... porque vivo... Se vive aquí tan bien! ¿Por qué me habeis traído á Hyeres? Creéis que me he cansado de ver su cielo, siempre azul; sus campos, siempre floridos; su mar, siempre en calma? Hyeres es un paraíso! Morir!... Morir á los diez y siete años!.... No quiero morir.

(Se continuará.)

E. HERNANDEZ.

EL DOCTOR PEDRO RECIO.

CUENTO.

Se leía en una tertulia de aldea el libro de las aventuras de D. Quijote de la Mancha; se hallaban en el capítulo en donde se refieren las de Sancho, en su gobierno de la ínsula Barataria, y todos reían á mas y mejor al oír las prescripciones del doctor Pedro

Recio, que á fin de cuidar de la salud del Gobernador mas que de la suya propia, no le dejaba comer en paz, haciendo que los criados apartasen cuantos manjares apetecía el buen Sancho, ora diciendo que la fruta era demasiado húmeda, ora que la carne asada era en extremo seca, el conejo peliagudo, la perdiz indigesta, y la olla podrida, manjar propio de gente labradoresca, ó cuando mas de algun rectorcillo de colegio.

Hasta que por último perdiendo Sancho la paciencia, exclamó lleno de ira, después de hacer varias preguntas al doctor.

—«Pues señor doctor Pedro Recio de mal agüero, natural de Tírte afuera, lugar que está á la derecha mano, según vamos de Caracuel á Almodovar del Campo, graduado en Osuna; quíteseme luego de delante, sino, voto al sol! que tome un garrote y que á garrotazos, empezando por él, no me ha de quedar un mal médico en toda la ínsula.... Déjenme comer, ó sino tómense su Gobierno, que oficio que no da de comer no vale dos habas.»

Al llegar á este pasaje subió de tal punto la risa de los oyentes que parecían desternillarse; ni uno solo dejó de adherirse al partido del buen Sancho, y hubo quien dijo que no aceptaría la mas bella corona del mundo si le impusieran la condición de sujetarse á las prescripciones del tal doctorcillo.

El que leía que era un anciano respetable, interrumpido por las carcajadas y observaciones de sus oyentes, dejó el libro encima de la mesa, levantóse las gafas, y mirando á los demás con airecillo socarrón:

—Vamos! vamos! dijo, no hay que reirse tanto del pobre doctorcillo!... El que mas y el que menos está sujeto á una influencia semejante.

Dios ha preparado á los hombres todos un banquete parecido al de la ínsula Barataria; hasta los mas pobres tienen á su alcance un alimento delicioso con qué reparar sus fuerzas, pero hay un doctor Pedro Recio que les impide gozar de sus delicias.

Por ejemplo: Luis tiene maestros que desean comunicarle sus conocimientos en las ciencias, libros que le brindan gratis la instrucción, pero él es un perezoso y no quiere aplicarse; la pereza es su doctor Pedro Recio.

Claudio tiene unos padres amantísimos, unas hermanas que le quieren con toda su alma, tiene siempre reservado en el hogar un puesto de preferencia, y él, pudiendo gozar en el seno de la familia, corre aturdido en busca de los estraños, que tal vez le perviertan con su mal ejemplo; la ligereza es su doctor Pedro Recio.

Próspero ha nacido mayorazgo, tiene los medios de aliviar la suerte de sus hermanos. Dios ha puesto á su disposición el banquete de las obras de caridad, y no las hace; la indiferencia, el egoísmo, es su doctor Pedro Recio.

Y por último, señores, todos nosotros podemos gozar de un banquete divino, de un manjar celestial, y ¿por qué no le gozamos? Por qué? porque la tibieza es nuestro doctor Pedro Recio. (Arreglo.)

MICAELA DE SILVA.

Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1864.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.